



www.loqueleo.com/ec

© 1998, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-575-3

Derechos de autor: 026919

Depósito legal: 003776

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: 1998

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Abril 2017

Vigésima quinta impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Mauricio Maggiorini, Eulalia Cornejo y Santiago González

Prólogo: Soledad Córdova

Textos sobre etnias: Angélica Peñafiel

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Verde fue mi selva

Edna Iturralde

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Prólogo	9
La guerra (achuar)	15
La vacuna (achuar)	33
Felicidad (achuar)	45
Cacería (shuar)	53
Nucep y el perro que no sabía ladrar (shuar)	61
Chu (shuar)	71
Las letras (huaorani)	85
La gente (huaorani)	95
La barca de la luna (secoya)	107
Los tigres van al cielo (siona)	119
El río (quichua del Oriente)	129
Las plantas mágicas (quichua del Oriente)	137

Verde fue mi selva (cofán)	149
Bibliografía	161
Biografía	163
Cuaderno de actividades	165



Tú no tienes que empezar a leer este libro por el prólogo. ¿Sabes? En esto de la lectura eres completamente libre de empezar por donde te parezca y de regresar a lo que te guste cuantas veces quieras. Pero hay algo importante que te quiero decir: te recomiendo leer este libro lo más rápidamente posible (si te parece lee el prólogo otro día) no sea que después no tengas tiempo o te olvides.

¿Sabes? Este es uno de mis libros de cabecera (eso quiere decir que lo tengo en el velador, en la cabecera de mi cama. ¡Ya sabías qué quiere decir «de cabecera»! Bueno, perdona, te lo explicaba por si acaso). Es un libro que me sirve para salvar a los niños del aburrimiento, porque es un libro muy bien escrito en el que

10 pasan cosas muy interesantes. Bueno, pero ¿en qué íbamos? Ahhh... la autora de este libro me pidió que le escribiera un prólogo, lo cual me produjo una terrible preocupación. ¿Y ahora? Los prólogos son unos escritos que se ponen al principio de los libros y que más o menos cuentan por dónde va el libro, de qué trata, te anuncian lo bueno que el libro tiene y te invitan a leerlo. Y ahí estaba la preocupación: escribir un pequeño prólogo para un gran libro sin meter la pata. Conseguir que no te aburras en el prólogo y no te arrepientas de leer el libro por culpa de un prólogo horrible (eso sí que no me lo perdonaría). Luego pensé más tranquilamente y se me ocurrió algo muy fácil que me salvó. A mí me gustó mucho este libro, de manera que me voy a sacar el prólogo del corazón, y te voy a invitar al libro como se invita a la casa de uno: con cariño.

Edna Iturralde escribe en este libro trece historias que tienen que ver con la forma de vivir de las personas que habitan en el Oriente. Historias creadas por su imaginación pero

que no son completamente inventadas porque ella viajó al Oriente y conoció a las personas que lo habitan, estudió su manera de vivir y sentir la vida, observó con ojos atentos su cultura y así ella sintió, entendió y pudo escribir siendo fiel a esas personas y su mundo.

Los cuentos de este libro, aparte de ser sabios y hermosos, son historias mágicas, fantásticas. Por allí, una bola de fuego volando entre los árboles sin quemarlos, el miedo a las agujas, unos niños en medio de un río, remando hacia algo secreto que no te puedo contar porque te arruinaría el cuento, el encuentro con el tigrillo, un perro-tigre completamente silencioso y más personajes que pronto vas a descubrir tú a medida de que *te metas* en el libro.

Cuando uno aprende Geografía y estudia el mapa político del Ecuador, ve esa parte verde que queda a la derecha de las montañas: el pedazo verde más grande del mapa. Lo llamamos el Oriente por su selva, animales exóticos, colonos y pueblos indígenas que mucha gente apenas conoce. A las personas que no son del

Oriente, esa región puede parecerles *lejísimos* y ajena, pero no es así. El Oriente está más cerca y es más nuestro de lo que nos imaginamos.

12 También escuchamos que hay que salvar la selva. Que la Amazonía es el *pulmón* del planeta y que el aire que respiramos viene de esos enormes y magníficos bosques lluviosos. Que no debemos contribuir a la destrucción de la selva porque ello sería poner en peligro la vida de la Tierra. Que es importante valorar y ayudar a que se preserve la cultura de la gente de la selva, que tiene una sabiduría milenaria sobre esa región del planeta. Pero todo ello, para la gente que no pertenece a la selva, puede parecer muy lejano. Selva, gente, animales, plantas, todo casi imaginario, raro y desconocido.

A la gente de la selva, este libro le ofrece una manera de entenderla desde el corazón sincero, amplio y sensible de Edna Iturralde. A los que no pertenecemos al gran bosque lluvioso, el libro nos acerca a la realidad de nuestro Oriente y nos permite descubrir que están ahí, cerquita, y son parte de nosotros: personas, vegeta-

ción, animales, unidos en la armonía frágil de un mundo único y especial.

Entonces, sentimos que el Oriente y sus gentes están aquí mismo y que nuestro país tiene muchas diferencias sin dejar de ser uno solo. Que el Ecuador es como un arcoíris que tiene diferentes colores y que todos son parte de él.

¿Se imaginan un arcoíris sin amarillo, o sin azul, o sin rojo? ¡Imposible! Tampoco es posible un Ecuador sin Oriente, sin Sierra, sin Costa, sin Galápagos...

Gracias, Edna, por ayudarnos a reconocernos en nuestra nación colorida, que es múltiple y es una.

Soledad Córdova



ACHUAR

Los achuar tienen una población aproximada de 5.500 personas y habitan en las provincias de Zamora Chinchipe, Morona Santiago y Pastaza. Son una nacionalidad con presencia binacional, pues también viven en Perú. Desde la firma del tratado de paz en 1998 se trabaja por la reagrupación de las familias que fueron separadas a raíz del conflicto limítrofe.

Tradicionalmente el asentamiento achuar fue disperso. Actualmente se organizan en centros. Los achuar conservan su idioma: el achuar chicham. Comparten muchas características culturales con los shuar, por ejemplo, la connotación ritual de la chicha, una bebida elaborada con yuca por las mujeres. También toman agua de guayusa, para eliminar las impurezas del espíritu.



—¡Meset, meset, meset!

«¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!», pensó asustada Tetsém mientras escuchaba escondida en la oscuridad.

—¡Meset! ¡Guerra!

La palabra fue repetida varias veces por el brujo que discutía junto con los otros hombres dentro de la cabaña. A Tetsém le parecía que el brujo la pronunciaba con tanta ira, con tanta fuerza, que rebotaba de un lado al otro como una pelota de caucho. La puerta se abrió y dejó ver la silueta a media luz del brujo Kamantán.

Tetsém pudo jurar que vio salir, por la puerta entreabierta, una bola roja de fuego, como un

carbón encendido, que se metió volando entre los árboles.

El corazón de Tetsém empezó a latir alocadamente y sintió un frío pegajoso en todo su cuerpo.

¡Era *meset*, la palabra guerra! ¡Estaba segura!

16 Las palabras son muy importantes y hay que saber tratarlas con cuidado. Especialmente una palabra como... ¡guerra! Seguro que cuando los adultos la pasaron de boca en boca, obtuvo vida y ahora se iría por todos los rincones de la selva.

Eran las tres de la mañana, hora de la guayusa, momento en que los achuar se sientan a discutir asuntos importantes mientras beben esa agua medicinal.

Tetsém salió de entre el montón de leña cortada, donde se había escondido para poder escuchar a los mayores. No es que ella fuera cobarde. No, ella era tan valiente como cualquiera de sus hermanos. ¡Pero otra guerra! A la niña no le gustaba la idea.

Caminó lentamente hacia el otro lado de la casa, hasta el *ekent*, la parte reservada a

las mujeres, donde varias de ellas ya estaban preparando el desayuno. Recién habían puesto nuevos leños en el fuego y la habitación se había llenado de humo. Tetsém miró distraídamente el techo de paja cubierto de hollín. «¡Qué bueno!», pensó, ningún insecto se atrevería a vivir allí.

Entró y se sentó en el suelo, junto al fogón. Pedazos de yuca frita, dorada y deliciosa estaban servidos sobre hojas de plátano. Tomó el más grande y se puso a comer mientras pensaba.

Hace dos días había fallecido el hermano mayor del brujo Kamantán. Esa misma noche, el brujo había soñado que su hermano había muerto por culpa de un hechizo realizado por el jefe de otro grupo achuar, y ahora su espíritu pedía venganza.

Las mujeres se habían puesto a preparar la pintura que lucirían los hombres en su piel durante la guerra. Molían en un mortero de piedra pepas de achiote mezcladas con grasa, mientras entonaban canciones guerreras.

*Au, au, au, au.
Ya habla el pájaro
Tiinkshikia,
todo tiembla,
todo se oscurece.
Au, au, au, au.
La guerra llega.
Au, au, au.*

Afuera los guerreros estaban ya listos con sus carabinas, bodoqueras, flechas y lanzas. Ese día nadie saldría de cacería ni a trabajar. Empezaron a pronunciar el discurso de los valientes:

—Wi, wi, wi, uuuuuuu, uuuuu, uuuuu, jai, jai, jai... Wi, wi, wi. Yo, yo, yo no conozco el miedo...

—Tetsém, ¿dónde estabas?, ¿por qué no estás ayudando? —le reprochó su mamá acercándose con una canasta en la mano.

Tetsém no dijo nada.

—Toma, mastica esta yuca que vamos a necesitar mucha chicha para que se lleven los hombres —continuó la madre.



La niña, todavía en silencio, se puso a masticar la yuca hasta sentirla blanda y suave, luego escupía la pulpa dentro del recipiente donde la mezclarían con agua para elaborar la bebida tradicional. En una casa achuar podía faltar comida, pero no podía faltar chicha. Tetsém se arrimó a la pared de caña. A su lado había una rendija por la cual podía ver hacia afuera, donde estaban los hombres alistándose para empezar el cerco de la guerra. Su padre ya tenía el rostro pintado con líneas de un rojo intenso que le atravesaban de lado a lado, y estaba colocando curare, el veneno mortal, a las puntas de sus flechas. Otros hombres tenían una expresión seria y preocupada, mientras se ajustaban cintillos de plumas en sus cabezas. Tetsém raspó la madera con su uña, agrandando el agujero para ver mejor. Ahí estaban sus hermanos menores que aflaban los machetes. El metal lanzaba chispas rojas al tocar la piedra. Tetsém recordó la bola de fuego que vio horas antes. ¿Qué pasaría si se la pudiera detener en su camino? ¿Se podría detener la guerra? ¿Pero quién lo haría? Con los preparativos tan avan-

zados, nadie se atrevería a decir nada en contra de la guerra, pues sería acusado de cobarde.

Tetsém pensó intensamente. Ella, ella podía intentarlo. Solo tenía que buscar el camino que había seguido la bola de fuego y detenerla. Tetsém vació la canasta que contenía la yuca, se la puso a la espalda y salió de la cabaña. Echó a correr pasando de largo por las chacras de plátano hasta internarse en la selva. Sabía que no contaba con mucho tiempo, quizá un día y una noche. Los hombres solo esperarían a terminar de construir el *wenuk*, fortín de guerra, para marcharse.

Cuando vio que nadie la seguía y que se encontraba a una buena distancia de su casa, paró de correr y miró a su alrededor. Ahora lo importante era decidir por dónde continuar. Estaba a punto de decidirse cuando de la maleza salió una cierva de grandes ojos sabios.

—Tetsém, mi pequeña colibrí —dijo la cierva dulcemente.

Tetsém miró a la cierva sorprendida. ¿Sería posible que fuera el espíritu de su abuelita? Solo ella la llamaba así. Pero, claro, ¡todos